

fectamente integradas en el sistema, forman parte de él, y en consecuencia, "son ya, hoy, demasiado razonables". Razonable es lo ya integrado, y comprensiblemente se rechaza; razonable significa también conformarse con nuestros "límites" —no hay más cera que la que arde—, intentando aprovecharlos para montar nuestras vidas como una obra de arte, armoniosa, reflexiva, centrada en sí misma.

La distinción entre racional y razonable hubiera privado a Rubert de algunas paradojas brillantes, pero también de ciertas aporías innecesarias. Pero no tiene sentido exigir un cierto rigor a un pensamiento que se quiere en la forma espontánea en que brota, sin mayor elaboración. Justamente, esta manifiesta falta de rigor que ponen de relieve las páginas que comentamos parece caracterizar a la "nueva filosofía" española: en el fondo, lo que se rechaza con la crítica pertinente de los sistemas y de las jergas profesionales es la filosofía misma. Su intención, confesada o latente, es convertir a los temas filosóficos en literatura. Esto, por lo menos, parece subyacer en sus representantes más conspicuos, Sabater y Rubert de Ventós.

No se lea una valoración en lo que es una simple constatación. Ante las obras clásicas de la literatura o de la filosofía, difícilmente pueda establecerse una jerarquía, lo que sí cabe, y además resulta imprescindible, es distinguirlas, aunque exista una zona gris intermedia de conexión entre ambas: el caso más palpable que se me ocurre es Rousseau. Ahora bien, al filósofo concierne el pensar estas relaciones, así como las razones de que en una época determinada predomine la literatura o la filosofía.

"A mí lo único que de verdad me atrae es entender lo particular o ver lo general: lo segundo nos lo enseñaron los griegos, pero lo hemos olvidado, lo primero todavía tenemos que aprenderlo". Rubert sabe que es una pretensión imposible, porque "lo que pensamos no se deja ver, pero es que lo que vemos tampoco se deja pensar". El punto de conexión entre visión y pensamiento es precisamente el lenguaje. Si vinculamos la expresión de lo particular con la literatura y de lo general con la filosofía —podría ser una manera de arrancar—, sorprende que Rubert pre-

tenda unir la acción intelectual, el entender, con lo particular, mientras que siguiendo a los griegos, conecte lo general con la visión, es decir, la teoría. Se ve lo general, se ha de entender, en cambio, lo particular, porque, al parecer, no bastaría con describirlo con palabras, es decir, con hacer literatura. ¿Acaso hay un modo de entendimiento que no corresponda a la visión?; si lo hay, ¿cabe aplicarlo a lo particular?

En toda esta problemática, eminentemente filosófica, está palpitando la cuestión clave de distinguir entre filosofía y literatura, sin que la una arrumbe a la otra. En su expresión más pura, no cabe duda de que se niegan: ambas pretenden, por distintos caminos, la expresión de lo particular-general, y ambas dejan constancia de su impotencia. Pero la negación es complementaria, de modo que lo que dice el poeta es el objeto inefable que pretende pensar el filósofo. Se

comprende que en las épocas de crisis —fin del mundo homérico, indudablemente nuestro tiempo— predomine la poesía. El mito, cuya expresión es siempre literaria, termina por pulverizar el pensamiento encadenado de las escuelas. El problema de la relación de la filosofía con la literatura adquiere una importancia crucial cuando la filosofía, congelada en su propio saber especializado, tiene que renacer, una vez más, de sus cenizas. Lo grave de la filosofía aforística, que es la primera forma de este renacimiento, es que levanta liebres sin matar ninguna.

Una observación final. Lo inadmisiblemente literaria y filosóficamente es la universalización de la propia neurosis como forma de conocimiento. La neurosis personal podrá ser fuente de pensamiento o de literatura, pero alcanza su meta cuando el resultado no se confunde con su génesis. Afirmar que "el pensamiento y la cultura se basan en la frialdad,

se levantan sobre el egoísmo y se mantienen a fuerza de narcisismo", podrá servir para aligerar la propia neurosis —que se define, precisamente, por la incapacidad de salir del narcisismo infantil—, pero difícilmente se sostiene como pilar básico de una filosofía de la historia o de la cultura. ■ I. S.

La física más actual

EL centenario del nacimiento de Einstein en España, como en todo el mundo civilizado, una justa resonancia con amplísimo despliegue de actos académicos y recensiones conmemorativas en los medios de comunicación. Esto me parece excelente, aunque se detecta un exceso de entusiasmo de tipo hagiográfico, que es poco científico y, por lo tanto, no ayuda ni a orientar al público ni a difundir las reales posi-

1879-1979 Arteta, un centenario olvidado

"Era era la casa que me prohibí tocar y a la que llevé, para el regocijo de mis ojos, un cuadro de Aurelio Arteta, que el pintor había dejado en depósito".
JULIAN ZUGAZAGOITIA ("Guerra y vicisitudes de los españoles")

NO es la única vez que el periodista, y ocasional ministro de Gobernación en el gobierno Negrín, habla en sus memorias del pintor. En otra ocasión dice: "procuraba ayudarle a mi sucesor en el periódico mandándole crónicas y dibujos que sonsacaba a Arteta".

Los dos vascos —el pintor de "Victimas del mar" y el antiguo director de "El Socialista"— estaban en aquella Valencia, playa primera de la larga marea republicana en la guerra civil. Ambos pasarían a Francia, con distinta suerte. El infortunado Zugazagoitia fue entregado por la Gestapo y fusilado en España. Arteta embarcaría para México en el vapor "Sinaia". Allí trabaja (retrató a la mujer de D. Lázaro Cárdenas) y allí muere muy pronto: un choque del tranvía donde viajaba el domingo 10 de noviembre de 1940.

Nació el 3 de diciembre de 1879, hace un siglo. El suyo ha sido un centenario olvidado. El

Banco de Bilbao le dedicó en su sede madrileña una exposición en mayo-junio de 1973 (el vasco pintó al fresco la rotonda del edificio que hiciera el arquitecto Bastida) y entonces editó un excelente catálogo. Por cierto que entre las obras expuestas figuraba una perteneciente a la (al decir de quienes la conocen)

Aurelio Arteta (autorretrato).



muy buena colección del Sr. Rodríguez Sahagún, actual ministro de Defensa: El "cho". En el Museo Español de Arte Contemporáneo (Madrid) hay dos cuadros suyos: "Los hombres de la mar", 1932, y "Bañistas", 1935.

Al recordar ahora el centenario de Arteta (maestro de la pintura vasca, gran muralista y representante del llamado realismo crítico en la pintura de la República) no quisiera uno contar su vida y obra (pues el castigo del lector aficionado al arte corresponde a los críticos del ramo), sino recordárselo al Partido Socialista Obrero Español, un tanto magro —hasta ahora y mientras no demuestre lo contrario— en cuestiones culturales. Yo pediría a tan importante partido que se portara con el ilustrador de sus publicaciones, con el amigo de Prieto y Zugazagoitia, la mitad de bien que lo hiciera el Banco de Bilbao, entidad que imagino más proclive a las finanzas que al socialismo. ■ V. M. R.